

*PRECIOS, SALARIOS E HISTORIA ECONÓMICA  
EN IBEROAMÉRICA COLONIAL  
DURANTE EL SIGLO XVIII.*  
A PROPÓSITO DE LA RECIENTE TRADUCCIÓN  
DEL LIBRO COMPILADO POR  
LYMAN JOHNSON Y ENRIQUE TANDETER <sup>1</sup>

ZACARIAS MOUTOUKIAS  
Universidad Carlos III

La historia de precios de Iberoamérica colonial ha dejado atrás sus tambaleantes comienzos con bastante lentitud. Hoy presenta una masa crítica de resultados globales, aunque todavía imperfecta y frágil en muchos aspectos. Los trabajos reunidos en el libro no pretenden establecer un estado de la cuestión, pero permiten seguir las principales secuencias de esa evolución historiográfica y ofrecen un panorama completo de sus resultados actuales. Como afirma Coatsworth, uno de los colaboradores, el relativo descuido de la historia de precios en esta parte del mundo, en contraste con Europa y Estados Unidos, ha constituido un importante obstáculo para el avance de la historia económica de América Latina colonial. Esto amplifica el impacto del libro, en sí mismo un importante y completo aporte historiográfico, que se ha convertido en ineludible instrumento de trabajo. Su reciente traducción al castellano es una excelente noticia.

El volumen contiene doce trabajos de calidad homogénea aunque, de manera nada sorprendente, con puntos de vista en ocasiones contrapuestos. Los primeros tres son ensayos generales sobre la historia de precios. H. Klein y S. Engerman examinan las contribuciones en relación a los principales debates teóricos y metodológicos de la historia de precios en Estados Unidos y Europa. De paso exponen, con exceso de pedagogía, algunos de los elementales principios teóricos que conviene recordar al ocuparse de estos temas. El men-

---

<sup>1</sup> Johnson, Lyman y Enrique Tandeter (comp.), *Economías Coloniales. Precios y Salarios en América Latina, siglo XVIII*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1992, 440 pp.; traductores, Alejandro Tiscornia y Félix Mouzo; título original: *Essays on the Price History of Eighteenth-Century Latin America*, the University of New México Press, 1990.

cionado J. Coatsworth hace una detallada reseña crítica de los ensayos, evalúa los métodos empleados en la constitución de las series y, sobre todo, realiza un esfuerzo por colocar los resultados de las series contenidas en un contexto de historia económica comparada. A diferencia de los anteriores, R. Romano destaca la importancia de la historia de precios ocupándose de «sus límites y sus umbrales». Sus argumentos se apoyan en una documentada confrontación de la evolución divergente que presentan las series de precios en América Latina y Europa durante los siglos XVII y XVIII. A la lectura de dichos argumentos uno se pregunta si no hubo buenas razones que expliquen el retraso de los estudios sobre precios en relación con otros temas en América Latina.

Los nueve ensayos restantes, comentados en los precedentes, se refieren a un amplio abanico cronológico y regional: precios y salarios en México durante el siglo XVIII (R. Garner); precios y producto agrario en Chile durante los siglos XVII y XVIII (J. Larraín); precios y salarios en Buenos Aires, 1775-1812 (L. Johnson); precios y costo de vida en Arequipa de 1630 a 1818 (K. Brown); precios y producción agraria en Potosí y Charcas entre 1670 y 1820 (E. Tandeter y N. Wachtel); ciclos agrarios y conflictos sociales en Cochabamba, 1770-1810 (B. Larson); exportación de cacao, precios de monopolio y tensiones políticas en Caracas, 1720-1750 (R. Ferry); precios en Bahía comparados con el resto del Brasil entre 1670 y 1770 (D. Alden); y finalmente, mercados externos y precios en Europa de productos americanos (J. Cuenca-Esteban). Un total de 44 cuadros conteniendo series de precios anuales e índices de precios (41), producto agrario (1) y diezmos (2) indican la magnitud del material volcado en el libro y la importancia de éste como obra de referencia. En algunos casos, una mayor exigencia en materia de gráficos nos habría facilitado la tarea a los lectores que menos intimidad tenemos con el tema. Asimismo se extraña la ausencia de una bibliografía general. Como quiera que sea, conociendo la enorme desventaja comparativa que representa trabajar en estos temas, no se puede sino agradecer la esforzada «subvención» que los autores han hecho para producir estos resultados.

En dos de estos artículos se hace referencia explícita a los trabajos de Romano de principios de la década de 1960. Tras los primeros y distanciados pasos de Guthrie y Borah y Cook, tanto las publicaciones, como la actividad docente del profesor Romano dieron el primer y más duradero de los impulsos en este campo tan poco poblado<sup>2</sup>. Paralelamente, otros historiadores cons-

<sup>2</sup> Guthrie, Ch., «Colonial Economy: Trade, Industry and Labor in XVIIth Century Mexico City», en *Revista de Historia de América*, vol. 5, núm. 7, diciembre de 1939; Borah, W., y Sh. Cook, *Prices Trends in Some Basic Commodities in Central Mexico, 1531-1570*, Berkeley y Los Angeles, 1958; Romano, R., «Une économie coloniale: le Chili au XVIIIè. siècle», en *Annales. E.S.C.*, vol. XV,

truían sus propias series como parte de monografías más amplias o en un contexto de debates diferente <sup>3</sup>. Para Romano, la historia de los precios era un terreno en el que buscaba demostrar la existencia, en América hispana colonial, de una economía natural. Como es bien sabido, lo último no significa una economía cerrada, sino el predominio de transacciones no monetizadas en la producción y circulación de bienes y servicios. Tenía la virtud de ser una intuición expuesta, como piden los manuales popperianos, bajo la forma de una clara hipótesis demostrable o refutable, según que los precios oscilaran o no. El esfuerzo de una parte nada desdeñable de los historiadores posteriores estuvo dirigida a refutarla. De los esfuerzos de Romano por demostrarla quedó una de las ideas más interesantes: que el movimiento del nivel general de precios en América había sido exactamente el inverso que en Europa; aumento en el siglo XVII y posterior caída y estancamiento durante el XVIII. El grado de aceptación de este esquema, en parte depende de la escala de observación que se adopte y de las preguntas que se intenten responder. Tomada globalmente, la idea no parece de momento refutada y constituye un adecuado punto de partida para estudios comparativos. Si, en cambio, se consideran subperíodos más cortos, existen importantes matizaciones que realizar.

El estudio de Tandeter y Wachtel, que hace referencia explícita a dicho esquema, tiende a demostrar ambos extremos: «el movimiento de los precios de Potosí difiere claramente de la coyuntura general de Europa... aunque

---

1960; ídem., «Mouvements des prix et développement économique: l'Amérique du Sud au XVIII<sup>e</sup> siècle», en *Annales. E.S.C.*, vol. XV, 1960; ídem., «Mouvements des prix et développement économique: l'Amérique du Sud au XVIII<sup>e</sup> siècle», en *Annales. E.S.C.*, vol. XVIII, 1963; ver también, del mismo autor, *Una economía colonial. Chile en el siglo XVIII*, Buenos Aires, 1965; Arcondo, A., «Los precios en una economía en transición: Córdoba durante el siglo XVIII», en *Revista de Economía y Estadística*, año XV, núms. 1, 2, 3 y 4, 1969; ver también su tesis «Córdoba: une ville coloniale. Etude des prix au XVIII<sup>e</sup> siècle», París, EHESS, recientemente editada en una nueva versión *El ocaso de una sociedad estamental. Córdoba*, 1992; Carmagnani, M., *El salario minero en Chile colonial. su desarrollo en la sociedad provincial: el Norte Chico 1680-1800*, Santiago de Chile, 1963; Florescano, E., «La historia de precios en la época colonial de Hispanoamérica colonial. Tendencias, métodos de trabajo y objetivos», en *Latino-América: Anuario de Estudios Latinoamericanos*, núm. 1, México 1968; ídem., *Precios del maíz y crisis agrícolas en México*, México, El Colegio, 1969.

<sup>3</sup> Gibson, Ch., *The Aztecs under de Spanish rule: A History of the Indians of the Valley of México, 1519-1810*, Stanford, 1964; Garner, R., «Problèmes d'une ville minière mexicaine à la fin de l'époque coloniale: Prix et salaires à Zacatecas (1760-1821)», en *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 6, París, 1972; Brading, D., *Haciendas and ranchos in the Mexican Bajío, León, 1700-1860*, Cambridge, 1978; Morin, C., *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII: crecimiento y desigualdad en una economía colonial*, México, 1979; Johnson, J., H. B., «Money and prices in Rio de Janeiro (1760-1820)» y de Quiros Mattoso, K. M., «Os preços na Bahia de 1750-1800», ambos en *L'Histoire Quantitative du Bresil de 1899 a 1930*, París, CNRS, 1973; Macera, P., y R. Jiménez, «Precios: Lima, 1667-1738», Lima, mimeo, s/f; Macera, P., y R. Boccolini, «Precios de los Colegios de Cia. de Jesus en Arequipa, 1627-1767», Lima, mimeo, 1975; de Larrain, A., y A. de Ramón, *Orígenes de la vida económica chilena, 1659-1808*, Santiago, 1982.

podamos sugerir matices y correcciones». Estas son una mayor caída en los precios de productos importados y una diferencia en la cronología de los bienes americanos destinados a mercados interregionales. Su serie de diezmos les permite confirmar que durante la segunda mitad del siglo XVIII el descenso de los precios de los productos agrícolas coincidió con un aumento de la producción, que era fuente de tensiones intercomunitarias. A su vez, este descenso global obviamente significaba un aumento del precio relativo de la plata, que incentivó un incremento de la producción. Las series de Arequipa son coherentes con este panorama. El elegante trabajo de K. Brown incluye índices de precios de dos cestas de productos, basados en las pautas de consumo de una familia hispanocriolla y otra mestiza. Ambos descienden, en un 25 por 100 y en un 40 por 100, respectivamente, entre 1680 y 1820.

Otra matización del esquema de Romano surge de los datos de Garner para México y Larrain para Chile en sus particularmente bien documentados artículos. Los precios agrícolas comienzan a subir lentamente a partir de 1760, sin alcanzar, en el caso de Chile, los niveles de fines del siglo precedente. Este movimiento estaría acompañado del desplazamiento de la producción ganadera. En sus comentarios, Coastworth recoge esta evidencia y explica el aumento de precios agrícolas y sus efectos sobre la ganadería en ambas regiones como consecuencia, naturalmente, de mayores costos y rendimientos decrecientes. Aunque evidente, la observación es importante, pues implícitamente supone que es necesaria mayor prudencia en la constitución de índices generales para todo un conjunto político como el que calcula Garner para México, pues la productividad, y por lo tanto los precios, está estrechamente ligada a las condiciones locales de la oferta de tierra que presentan fuertes cambios según las regiones.

Tandeter y Wachtel ofrecen un punto de vista pertinentemente complementario al tratar de explicar las diferencias en el comportamiento de los precios en México y los Andes: la diferente productividad de la minería en una y otra región. Más alta en la primera y por lo tanto menores precios relativos de la plata y tendencia al aumento en los restantes bienes. Mientras que los mayores costos y menor productividad de Potosí tendrían el efecto inverso: aumento del precio relativo de la plata expresado en precios de los restantes bienes que disminuyen o permanecen estancados. La idea es atractiva pero requiere elaboración, pues las cronologías no cierran. En cualquier caso permite integrar el Brasil en un cuadro de conjunto. El explosivo ciclo del oro tuvo sobre las inelásticas ofertas de productos locales un efecto comparable al de Potosí durante su época de oro en el siglo XVI, acelerando, en algunos casos tendencias al alza preexistentes, provocando otras. Cuando el ciclo se estabilizó o de-

cayó quedaron ofertas abundantes con efectos depresivos sobre los precios y pocas o nulas posibilidades de reasignar recursos hacia otros sectores. Aunque, en rigor, es probable que D. Alden no comparta completamente esta simplificación.

El intento más explícito por refutar el esquema de Romano viene del lugar más inesperado, una economía de frontera con altos salarios, como toda economía de frontera; la del Río de la Plata. Conociendo algo las fuentes, me consta que el esfuerzo de Johnson ha sido simplemente enorme. Su objetivo es comparar precios y salarios a fin de estudiar las condiciones de vida de los sectores bajos y medios bajos de la población no esclava (lo que él llama la «clase obrera urbana»). Mas me resulta difícil compartir su punto de vista, según el cual «... en el período colonial tardío, Buenos Aires era esencialmente una ciudad europea, tanto en términos de su cultura como en sus formas sociales...». La imagen no sólo expresa su simpatía por un terreno de estudio en el cual ha hecho importantes contribuciones, también tiñe el modo como presenta sus argumentos y organiza sus índices de precios. Éste está basado fundamentalmente en el trigo (40), alquiler de cuartos de familias artesanas (20), etc., cuyo consumo encuentra en proporciones similares a la de las ciudades europeas. Las razones por las cuales elige esa pauta en la de consumo, en la que se excluye la carne, descartando la documentación de unas instituciones en favor de otras, no son del todo convincentes. En todo caso, en la región se consumía más carne que en cualquier región europea, a menos que la comparemos con Hungría o con Inglaterra... en la segunda mitad del siglo xv. Su índice de salarios nominales muestra estabilidad hasta mediados de la década de 1790 y posterior aumento. A partir de 1775 el índice de precios presenta dos ciclos de quince años, aumento-caída-aumento, con un pico fuerte alrededor de 1808 con la crisis de subsistencia. De modo que los salarios reales habrían aumentado solamente entre 1785 y 1790. De allí deduce un panorama de precios crecientes y salarios estancados para en el largo plazo para la segunda mitad del siglo xviii. Pero sus datos no confirman este extremo, contradictorio con la tradicional imagen de crecimiento económico que se tiene de la región. En este sentido habría sido interesante que incluyera los valores nominales de los salarios, para estimar el esfuerzo necesario para comprar los medios de subsistencia.

Su argumento de partida es que, en ausencia de cambio tecnológico, «la teoría económica indica que un aumento sostenido de salarios promedio resultaba altamente improbable si la historia de precios de Romano fuera exacta». En realidad el Río de la Plata era una economía de frontera, lo que constituía su principal diferencia con las ciudades europeas —aparte de otros detalles como los esclavos, cuyo efecto sobre los salarios es evidente—. En estas condi-

ciones la teoría prevé exactamente lo contrario. Durante la segunda mitad del siglo XVIII la población creció, pero también se ocuparon nuevas tierras a ambos lados del litoral y la frontera se expandió. Según J. Brown, esto produjo economías de escala, rendimientos crecientes y salarios elevados que explican la presencia de migrantes <sup>4</sup>, que el mismo Johnson recuerda.

Nuevamente Coatsworth hace notar los comparativamente mayores salarios del Río de la Plata, al pasar revista a los ingresos medios que podrían deducirse de los datos publicados, e intenta presentar una estimación aproximada de los desniveles salariales en las distintas regiones de América. Se pregunta si éstos no explicarían las diferencias en los niveles de renta con la que los países llegan a finales del siglo XIX. La idea es atrevida, pero la encuentro una de las más interesantes del libro. En esta dirección, la sugerencia de arriba cobra otra dimensión en la medida en que las condiciones locales de oferta de tierra, incluidas las formas institucionales en las que se realiza, afectan directamente los niveles de productividad y salarios que luego podrían provocar una concentración económica que tendería a autoperpetuarse. Cabría preguntarse si es posible efectuar una geografía de regiones o bolsones regionales de frontera con salarios comparativamente altos como el Río de la Plata, Sur del Brasil y Norte de México. En todo caso, como señalan Klein y Engerman, no hay relación necesaria entre precios altos o bajos y crecimiento o estancamiento. Las combinaciones posibles pueden simplemente encontrarse en las diferentes dotaciones relativas de los factores de la teoría del crecimiento de los clásicos, tierra y trabajo, así como en la articulación de éstos con la minería, que después de todo no es más que «tierra».

Los puntos de vista de Romano arriba expuestas son una coartada para introducir mi principal reserva, que es más a un clima de ideas implícitamente presente que a un aspecto particular de los trabajos. Respecto de los temas aquí tratados, sus estudios parten del rico horizonte teórico de la economía escrita en alemán hasta los años cuarenta, aunque sólo parcialmente lo hace explícito con sus referencias a Dopsch. Algunos de aquellos debates, sin embargo, serían útiles para el espacio al que nos dedicamos (por ejemplo, la respuesta de Polanyi a Von Mises sobre precios y contabilidad en economías socialistas). Por lo general, a veces explícitamente pero las más de manera implícita, los supuestos con los que se estudia precios y mercados es el de los mercados competitivos, bien informados y comunicados, para luego ir introduciendo las imperfecciones que nos acerquen a la realidad. Puede que no sea

---

<sup>4</sup> Johnatan Brown, *A socioeconomic history of Argentina, 1776-1860*. Nueva York, 1979, pp. 2 y 28-49.

este el procedimiento heurístico más adecuado. ¿Y si lo invirtiéramos? Partiríamos de modelos que supongan asignaciones coactivas de factores, monopolios y rentas de situación omnipresentes, costos de transporte restrictivos, así como transacciones predominantemente realizadas en el interior de tramas de relaciones de obligación personal, para luego introducir los elementos del mercado que nos acerquen a la realidad. ¿No sería este un modo más eficaz para explicar los mecanismos de formación de precios —sobre los cuales solamente Klein y Engerman hacen referencias explícitas—? ¿No nos permitiría formas más eficientes para abordar el estudio de los costos de transacción? Quizá nos ayudaría a comprender mejor la naturaleza y funcionamiento de los mercados que amplias capas de la población crean y utilizan para construir un espacio de autonomía social, como muestra el trabajo de B. Larson; o las tensiones intercomunitarias provocadas por el crecimiento, y cuyo ámbito también es el mercado, sugeridas por Tandeter y Wachtel; o las relaciones entre tributo, mercado y formación de precios. En mi opinión, sería una perspectiva que ampliaría nuestra capacidad por formular hipótesis más ricas e innovadoras sobre el funcionamiento de las economías coloniales.

Casi todos los ensayos constituyen ejemplos de los efectos multiplicadores que sobre la producción historiográfica tiene la publicación de series de precios. Con distintos procedimientos, como vimos, Garner y Larraín así como Wachtel y Tandeter las utilizan para estimar producto agrario, producción bruta y crecimiento. R. Ferry utiliza los precios para hilvanar la reconstrucción de los conflictos entre los grupos locales y la Compañía guipuzcoana de cacao. Aunque deja algunos cabos sueltos al afirmar que la mayor parte de la cosecha «se comercializaba de forma ilegal», pero luego no reintroduce este aspecto al analizar los componentes de la demanda externa. Por su parte, B. Larson se sirve de precios para deflactar la recaudación de diezmos. Los ciclos agrarios así reconstruidos le sirven para efectuar un fino y elegante análisis de los conflictos entre campesinos y grandes terratenientes cuyo escenario es el mercado. Una definición menos retórica de los grupos sociales habría eliminado la única sombra de su texto.

No quiero dejar de referirme al estudio de J. Cuenca-Esteban. Como es su costumbre, ha incluido toda la teoría, todas las fuentes y todas las cuentas necesarias para un sólido artículo. Pero lo más importante es que de paso pone en evidencia una asignatura que hemos dejado incomprensiblemente pendiente quienes nos ocupamos, en algún momento, del sector externo: los precios de los productos coloniales en los mercados europeos. Las fuentes están allí.

En suma, un buen libro.